

## Redes sociales: de los marginados a los poderosos

### Entrevista con Larissa Adler Lomnitz

CONSUELO CUEVAS CARDONA

*La doctora Larissa Adler Lomnitz es una de las antropólogas más importantes de México. Sus estudios han puesto al descubierto desde cómo sobreviven los marginados de las barriadas más pobres hasta la forma en que se estructura el poder en este país. Sus investigaciones han alcanzado reconocimiento mundial en el medio académico, uno de sus libros es considerado un clásico en los estudios antropológicos y recientemente se le nombró investigadora emérita. Sin embargo, ella es una persona sencilla, que no se rodea de los símbolos del poder de los que habla en su trabajo y que afirma que, finalmente, la primera asombrada de sus triunfos es ella misma.*

CC. ¿Podría platicarnos cómo se inició usted en la antropología?

LA. Mi papá era un inmigrante judío ruso que llegó a Perú. El ahí formó parte del grupo de Mariátegui, que fue el fundador del primer grupo comunista que hubo en América Latina. Una de las preocupaciones de Mariátegui fue el problema indígena; y debo decir que fue uno de los primeros que se ocuparon de él, porque ése era un tema que no interesaba a los intelectuales criollos de principios de siglo. Mi padre, entonces, se integró a ese grupo y compartió sus intereses, por lo que, después de casarse, decidió ir a París a estudiar antropología, entonces llamada etnología. Luego se fue a vivir a Chile, pero nunca pudo ejercer su carrera porque no tenía contactos y porque ésta era una profesión en la que aún no había ni cátedra, así que sobrevivió como pudo. El siempre habló de la etnología y aunque nunca publicó, leía y escribía mucho. Así, pues, yo sabía que mi padre era etnólogo, pero también sabía que nos moríamos de hambre, así que nunca pensé en dedicarme a esto.

Pasó el tiempo, me casé muy joven y cuando ya tenía a mis hijos decidí que quería estudiar algo. Primero pensé en una carrera femenina, así que en Chile entré al Pedagógico a estudiar biblioteconomía. Ahí tomé un curso de generales, en los que había antropología y me fascinó, sin relacionar entonces que era lo mismo que había estudiado mi papá. Por entonces mi familia y yo nos fuimos a Estados Unidos porque mi marido recibió una oferta de trabajo en Berkeley. Después de dudar entre la sociología, la psicología y la antropología, me inscribí a esta última carrera porque era la única en la que no se cursaba la materia de probabilidad y estadística. Debo decirle que cuando entré a estudiar tenía ya cuatro hijos. Aunque ahora está muy de moda, en ese tiempo era muy raro que una mujer fuera a clases mientras le daba el pecho a una bebida y sus otros tres hijos jugaban afuera del salón. Pero yo estaba muy entusiasmada, desde que tomé mi primer curso me di cuenta que yo había nacido para eso. Por supuesto descubrí que era la carrera de mi papá y que yo había sido entrenada de manera informal para ser antropóloga, para observar las relaciones entre la gente. El hecho de que frecuentemente mi casa era visitada por indígenas, el

mismo hecho de ser judía, me entrenó para darme cuenta de que hay diferencias para entender lo que es la cultura, uno de los conceptos más difíciles de enseñar en antropología. Fue tal mi entusiasmo que hice la carrera en tres años con las mejores calificaciones. Me felicitaron mucho por esto, de verdad necesité mucha energía para hacerlo, fue muy heroico de mi parte, debo decirlo.

CC. ¿Podría hablarnos de sus primeros trabajos en México?

LA. Después de estar en Berkeley, invitaron al que era mi marido a trabajar aquí y nos vinimos. Empecé a buscar trabajo, pero como no tenía papeles porque era chilena —acabo de naturalizarme mexicana—, me inscribí en la Universidad Iberoamericana para hacer el doctorado. Entré con el doctor Angel Palenn, un antropólogo muy destacado, un catalán refugiado, que creó una verdadera escuela de antropología en México, primero en la Ibero, luego en la UAM y luego en el CIESAS. Mucho de los antropólogos más conocidos ahora fuimos sus alumnos. Pero en esas idas y venidas en que buscaba cómo ubicarme, conocí también el doctor Alejandro Cravioto padre, quien trabajaba en el Hospital Infantil. El tenía un gran proyecto de estudio sobre la desnutrición infantil y sus efectos. Había terminado un trabajo en el área rural y quería empezar otro

en una zona urbana. Entonces puso un pequeño consultorio en una barriada, la Cerrada del Cóndor, y me invitó a trabajar. Me dijo que estaba esperando un donativo para hacer el estudio y que no me prometía nada. Si llegaba el donativo tendría mi sueldo, y si no, pues vería qué hacer. Bueno, meterse a la pobreza es siempre impactante. El primer día que me llevó allá quería volver a mi casa, meterme debajo de una cama y no volver a salir. Dentro de todo, tenía yo condiciones muy favorables, porque ya había ahí un grupo de médicos y de trabajadores sociales y con ellos empecé a trabajar. La gente de la barriada se portó muy bien, porque me relacionaba con aquellos médicos que daban consulta gratuita.

Déjeme decirle, antes de continuar, que hay una fórmula, digamos formal, sobre cómo hacer una investigación: se identifica un problema, se diseña un experimento, se analizan los resultados, se sacan conclusiones y se plantean otras preguntas. Ese es el modelo científico que supuestamente debe seguirse. Sin embargo, cuando entré a trabajar en la barriada no sabía lo que iba a estudiar. Le pregunté al doctor Cravioto: "Dígame usted qué quiere que investigue, ¿estudio a los inmigrantes, a las familias...?Y él respondió: "No sé, usted piense." Entonces comencé por ayudar a las trabajadoras sociales que levantaban encuestas y empecé a estudiar el problema de la inmigración, porque la mayoría de las personas que vivían ahí provenían del campo. Como al mes me di cuenta de que había grupos que tenían la misma ocupación y venían del mismo lugar. Por ejemplo, los que venían del ejido y hacienda Villela, de Santa María del Río, San Luis Potosí, eran colocadores de alfombras, los que venían de Fresno, Guanajuato, eran pulidores de tumbas. Luego me

encontré con albañiles de Zacatecas. Pero los dos primeros oficios son muy raros. Más lejos encontré a otro grupo que venía de Villela. Les dije a las señoras: "Apuesto a que sus maridos son colocadores de alfombras" y ellas me dijeron: "Si, ¿cómo lo sabe?" Primero pensé que en ese lugar de San Luis Potosí se tejían alfombras, o algo así, pero uno de ellos me explicó: "No señorito, todos somos campesinos sin tierra. Lo que pasa es que primero se vino mi primo Rocha, que huyó del pueblo por un pleito. Después de dar muchos tumbos, entró a trabajar en esto y me jaló a mí. Después se trajo a mi hermana y a sus hijos..." Total, me hizo una descripción de lo que es una red social. Lo de las redes sociales era muy nuevo en ese momento. Yo, de casualidad en el doctorado, estaba leyendo los trabajos de unos investigadores ingleses que trabajaron en Africa y que propusieron las redes sociales como una metodología para estudiar la ciudad. Se me ocurrió que podía hacer lo mismo. Así, pues, terminé la encuesta de inmigración, que era básica, y empecé a estudiar las redes de ayuda mutua, de reciprocidad, de intercambio. Un día, estaba tomándome un tecito con unas amigas en Las Lomas y la dueña de la casa se retiró para pagarle a la mujer que la ayudaba. Cuando regresó comentó: "No sé cómo sobrevive esta gente, le acabo de pagar tanto y tiene siete hijos y...", bueno, contó toda una historia de la pobreza de la señora. En ese momento se me iluminó la mente y pensé que mi pregunta iba a ser, precisamente, cómo es que sobreviven los marginados. Le cuento esto porque fue una investigación hecha al revés, no empecé el trabajo con la idea de estudiar marginados, ni cómo sobreviven, sino que fui descubriendo la pregunta. Finalmente, escribí un libro que tuvo mucho éxito –ya va en la decimotercera edición–, porque hacía una pregunta nueva, porque desarrollé las redes sociales, que en ese momento eran una novedad y, modestia aparte, el libro es considerado un clásico en el estudio de la antropología urbana.

CC. ¿Qué son las redes sociales?

LA. Se trata de una metodología para estudiar las estructuras tan complejas que se dan en la ciudad, las estructuras informales de individuos que intercambian entre sí. No se trata de organizaciones ni de grupos constituidos en la realidad, sino de individuos que están dentro de un campo de acción, en el que ocurren esos intercambios regulares.

CC. Usted ha realizado varias investigaciones sobre los científicos como grupo social, ¿por qué se interesó en ellos?

LA. Esa línea surgió cuando me pidieron que hiciera un informe sobre los efectos de crear una ciudad de la investigación en la UNAM, de sacar los institutos de donde estaba la Facultad de Ciencias. Así empecé y, al hacerlo, me pareció que en la Universidad había hechos muy interesantes. Escribí un modelo sobre las carreras de vida que se dan en ella. La primera es la académico-científica, la carrera de vida que conduce al estudiante a quedarse a trabajar en la misma universidad, como investigador o como profesor de tiempo completo. Luego está la carrera profesional, a la que pertenecen la mayoría de las facultades, que es la que entrena a profesionistas libres o liberales, como abogados, médicos o ingenieros. Otra es la carrera política, en la que están los líderes estudiantiles tanto de la oposición como del sistema, que posiblemente luego son políticos. Y, bueno, incluso hay la carrera de los porros, que son muchachos que ya desde la secundaria o la preparatoria son golpeadores y que siguen por ese camino.

Estaba en eso cuando me invitaron del Instituto de Investigaciones Biomédicas a hacer un estudio sobre por qué se daban tantos conflictos ahí. Hice un análisis etnográfico y escribí un artículo sobre la estructura de poder y sus efectos sobre la productividad y la creatividad científica. Resulta que ese instituto había sido dirigido por distintos directores que tenían diferentes escuelas de pensamiento. Una era la de los neurofisiólogos, de influencia francesa y española, que había llegado aquí con los refugiados de la guerra civil española; los otros pertenecían a una escuela postsegunda guerra mundial, que fueron a estudiar a Estados Unidos y a Inglaterra y que estaban preparados en bioquímica y biología molecular. Así, se formaron dos grandes grupos, y los fondos y los recursos favorecían a uno u otro de acuerdo a quien era el director en un momento determinado. La lucha se daba, aparentemente, por escuelas de pensamiento pero, en realidad, se trataba de la lucha de dos redes de poder. El artículo tuvo mucho impacto porque mostró que también dentro del mundo académico hay una estructura de poder.

Otra observación que resultó de ese trabajo es que los investigadores de ese instituto llegaban a serlo de una manera muy aleatoria, es decir, muchos de ellos habían estudiado en las facultades en las que se forma a profesionistas liberales. Eran médicos o químicos y, después por casualidad, habían descubierto la carrera de investigador. Entraban a la investigación ya que habían terminado una carrera formal y tenían que hacer propedéuticos, maestrías y doctorados; tenían que destruir una estructura profesional ya adquirida para entrar a otra, por lo que perdían mucho tiempo. El diagnóstico que hice es que había que pescar a los estudiantes antes de que entraran a una licenciatura. En el Instituto de Investigaciones Biomédicas ya empezaban a pensar en la posibilidad de crear una licenciatura; con mi informe se entusiasmaron y se creó una en la que los estudiantes pasan directamente del bachillerato al laboratorio. Con Jacqueline Fortes hice un estudio sobre las primeras generaciones que ingresaron a esta carrera.

Después, continué con las otras carreras de la vida. Con otra compañera hice un libro sobre los veterinarios, para tratar de entender la evolución de las profesiones y, finalmente, escribí un artículo sobre los porros. Pero desde que hice el estudio en el instituto empecé a trabajar sobre la estructura del poder en México.

CC. Háblenos de este trabajo.

LA. México es un país autoritario, todo mundo lo sabe. En él se dan redes verticales y horizontales, pero predominan las primeras, y hay un sistema simbólico que las refuerza. Le voy a dar un ejemplo. La primera vez que fui a ver a un rector era porque estaba haciendo mi primer estudio sobre la Universidad, del que ya le hablé. No lo conocía, ni él a mí; entonces tardaron como tres semanas para darme una entrevista. Llegué a la torre de rectoría, subí al 6o. piso, me abrieron una ventanita donde está un señor que parece el mago de Oz, me dio un papelito, me pasaron a una sala y llegó una persona a ofrecerme café. A los cinco minutos llegó otra persona, me pasó a otra sala y me volvió a ofrecer café. Tiempo después me llevaron a una tercera sala, que es la famosa sala Sor Juana Inés. Y después, o se entra al sanctum sanctorum, o el rector sale a verlo a uno. Todo esto es el sistema simbólico al que me refiero y todo tiene un significado. Si el rector sale a la Sor Juana Inés, quiere decir que la va a despachar cuando quiera. Si usted entra, hay un mayor grado de respeto de parte de él, o de confianza.

Bueno, pues cuando salió este señor a verme, yo ya lo veía con sus plumas de quetzal, casi casi como un semidiós. Entonces me regañó... de manera muy atenta, claro...

CC. ¿Por qué?

LA. Me dijo que todo lo que estaba preguntando ya se había publicado en la Gaceta Universitaria. A mí me quedó muy claro que yo no tenía nada que hacer ahí, porque mi posición era mucho más baja en la estructura de poder. Posteriormente, cuando he ido a ver a rectores amigos, me dan la cita rápido y paso a verlos directamente.

Esta estructura de poder se da en todos los niveles. Hay redes verticales por las que el investigador depende del jefe de laboratorio, que a su vez está abajo del director del instituto, quien es el que consigue fondos y tiene el control del presupuesto, de las plazas y de la información. O el empleado de gobierno que tiene un jefe, que a su vez depende de un subdirector, que le da cuentas al director, que a su vez tiene que obedecer al secretario. Pero también hay redes horizontales, porque cada persona tiene amigos, hermanos o vecinos que lo ayudan, para subir cada sexenio, en el caso de los empleados de gobierno, o para sobrevivir físicamente, en el caso de los marginados. Y lo simbólico refuerza, apoya y crea estas redes. Ahora estoy realizando un proyecto muy ambicioso, un estudio comparativo de las culturas políticas de México y de Chile utilizando este modelo que propongo, que no es el común. Yo hablo de culturas políticas como la estructura de las redes sociales, su combinación de verticalidad y horizontalidad y los sistemas simbólicos que las apoyan.

CC. ¿Y qué ha encontrado?

LA. Chile es un país muy clasista, allá las clases están muy divididas, tanto, que usted puede distinguir el estrato de una persona por la manera como habla. Sin embargo, en cada uno de estos estratos hay muchos partidos. Hay líderes en estos partidos, pero su situación está muy condicionada, los liderazgos son cortos y dependen más del grupo de abajo que del de arriba. Allá son más importantes las redes horizontales que las verticales y el sistema simbólico apoya lo horizontal. En México ocurre lo contrario, aquí predominan las redes verticales y, como ya le conté, el sistema simbólico apoya esta situación. Acabo de terminar un libro sobre partidos políticos en Chile, en el que apliqué mi modelo desde el punto de vista histórico hasta la actualidad. Ahora tengo que hincarle el diente a México, que es de donde saqué todas las ideas, pero para comprobarlo tengo que meterme a la historia, y la historia de México es muy complicada.

CC. Ahora, permítame preguntarle una cosa. ¿Usted se ha enfrentado a problemas para desarrollar su trabajo por ser mujer?

LA. Creo que uno de los conflictos principales de la mujer que trabaja es hacer su carrera y ser madre al mismo tiempo. Aquí y en la Conchinchina la mujer tiene que hacer interrupciones importantes en su carrera para dedicarse al cuidado de los hijos. Por eso es que los hombres ya han hecho sus doctorados a los 40 y las mujeres no; a menos, claro, que se doctoren antes de tener niños, lo que es postergar algo tan importante —al menos para mí— como la maternidad. Pero yo no tuve ese conflicto porque empecé la carrera cuando ya tenía a mis hijos.

Ahora, en cuanto a la carrera misma, no queda duda que cuando un hombre abre la boca, en un seminario o en un congreso, la gente lo escucha. Cuando una mujer habla, sólo se le

escucha cuando por fin dice algo interesante. Tienes que destacarte mucho más para que te tomen en cuenta.

CC. ¿Usted llegó a sentir esa diferencia?

LA. Si, la sentí, pero como estudié tarde, y nunca pensé en hacer un gran carrera, no sufría. A mí la carrera me resultó una sorpresa. Para un hombre su trabajo es tan importante, que siente que todo lo que él vale es por él, y un científico con mayor razón. La tensión que les produce eso es enorme. En cambio a mí, mi suegra, mi mamá me decían: "Ay mi hijita, pero si tú ya tienes cuatro hijos, ya sabes tanto, para qué necesitas más." Si yo llegaba a la esquina, era mucha gracia. Yo no tuve tantas tensiones. Entonces me pasa que cada triunfo de mi carrera me sorprende a mí más que a nadie. Ahora, de que hay una diferencia entre hombres y mujeres, la hay. Es clarísimo. Simplemente en la Universidad este año nombraron a 27 investigadores eméritos, de los que sólo tres somos mujeres.

*La entrevistadora es bióloga dedicada a la divulgación de la ciencia desde 1981. Ha trabajado en el Centro de Comunicación de la Ciencia de la UNAM, Radio UNAM y Radio Educación. Actualmente colabora en la sección de ciencia de La Jornada y trabaja en la Coordinación de Investigación Científica de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.*